

**La educación católica, auténtico apostolado  
en las obras educativas del CEU**

**Mons. César Franco Martínez  
Obispo auxiliar de Madrid y Consiliario Nacional de la ACdP**

Pozuelo de Alarcón (Madrid), 2 de febrero de 2008

Me alegro mucho poder compartir con vosotros este encuentro entre la ACdP y los que trabajáis en sus obras educativas animado sobre todo por la hermosa tarea que tenéis en vuestras manos: la educación de niños, adolescentes y jóvenes, que son el futuro de nuestra sociedad y de la Iglesia.

Mi perspectiva es obviamente la de un pastor de la Iglesia atento a la relación entre la misión que Cristo le ha confiado y los destinatarios a quienes se dirige, en este caso, los que formáis parte del mundo de la educación. Las obras educativas del CEU son parte de la Iglesia, según su estatuto e idearios propios, y participan, por tanto, de la misión universal de la Iglesia. En cuanto a los niños y jóvenes, la mayoría de ellos bautizados, son miembros de pleno derecho de la Iglesia y de sus instituciones y requieren toda la atención y cuidado que la Iglesia presta a sus miembros, como aparece claramente en la Declaración *Gavissimum educationis* del Concilio Vaticano II.

Mi primera consideración se refiere a la dicha que supone el hecho de contar con instituciones educativas. La educación es la primera responsabilidad de los padres y de las sociedades que aspiran a formar hombres y mujeres capaces de construir una sociedad digna de la condición humana. Desde la perspectiva cristiana se trata de formar personas llamadas a vivir en plenitud la dignidad de hijos de Dios según las bases de la antropología cristiana. Esto, digo, es una suerte inconmensurable. La escuela y la universidad son ámbitos privilegiados para la educación. Se explica perfectamente que las diversas ideologías y poderes culturales hayan querido siempre influir y dominar este campo para sus propios intereses. También en el momento actual. Por su parte, la Iglesia, consciente de la importancia que tiene el sujeto cristiano en la construcción de la ciudad temporal, se ha empeñado con audacia en la creación de instituciones de enseñanza, como es el caso de la escuela y la universidad.

Al tiempo que una gracia, es una enorme responsabilidad, puesto que la educación exige que personas y medios de las instituciones estén al servicio del fin último, que es la formación integral de la persona. «La verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las sociedades, de las que el hombre es miembro y en cuyas

responsabilidades tomará parte una vez que llegue a ser adulto»<sup>1</sup>. El *fin último del hombre*, que es la vida eterna en Dios, y *el bien de las sociedades*, son los criterios rectores que desde el magisterio de la Iglesia orientan la educación adecuada a la persona humana. Esto exige, por tanto, en quien educa un conocimiento de la antropología cristiana y de la Doctrina Social de la Iglesia que se ocupa del bien de la persona y de la sociedad.

## 1. Relación del carisma de la ACdP con sus obras educativas

Las obras educativas de la ACdP están por su origen, desarrollo y estructura orgánica en dependencia del carisma original de la Asociación. Así lo dice claramente el número I del decálogo de los *Principios Orientadores de las Obras educativas de ACdP* aprobados recientemente por el Consejo Nacional (15 de Septiembre de 2007): «Los Centros docentes de la Fundación San Pablo CEU son obras de la ACdP. Inspiran su actividad en la concepción sobre la persona y la educación que se expresa en la Doctrina Social de la Iglesia, a la cual se conforma el carácter propio que la ACdP desea imprimir en sus obras».

Esta declaración me permite hacer una consideración sobre el significado que tienen los carismas en la Iglesia, nacidos en ella, como ámbito del Espíritu, y orientados a su edificación. Los carismas – dice Juan Pablo II - «son siempre *gracias del Espíritu Santo que tienen*, directa o indirectamente, *una utilidad eclesial*, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo... Los carismas se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas»<sup>2</sup>. La historia de la Iglesia es testigo de cómo los carismas han fecundado obras apostólicas de diversa naturaleza, entre las que destacan, las instituciones educativas.

La ACdP posee un carisma reconocido en la Iglesia que ha generado extraordinarias obras culturales y que, si Dios lo quiere y sus miembros le son

---

<sup>1</sup> Gravissimum educationis 1.

<sup>2</sup> Christifideles Laici 24.

dóciles, lo seguirá haciendo. La relación de las obras de la ACdP con el carisma fundacional se sustenta en una lógica que supera la meramente histórica y orgánica desde el punto de vista jurídico. Hay una lógica teológica que inserta a las obras mismas en el plan de la historia de la salvación en nuestro tiempo. Esta lógica está perfectamente recogida en los *Principios Orientadores* que se refieren tanto a los Colegios como a las Universidades. Se dice así: «Consciente de que la educación católica por sí misma “constituye un auténtico apostolado”, y de que la dedicación y empeño a este apostolado “constituye una tarea eclesial insustituible y urgente”, la ACdP inició en enero de 1933 las actividades docentes del Centro de Estudios Universitarios (CEU), germen de la Fundación San Pablo CEU y primer paso de su actividad apostólica en el campo de la educación»<sup>3</sup>.

Hablar de *apostolado* es hablar del fin mismo de la Iglesia, como reconoce el Decreto de Apostolado Seglar: «La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, sean partícipes de la redención salvadora todos los hombres, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Todo el esfuerzo del Cuerpo Místico, dirigido a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado»<sup>4</sup>. Pocas definiciones podrán ser tan queridas a los propagandistas como ésta que toca de lleno su carisma fundacional en el que *ordenar todas las cosas hacia Cristo* constituye una de sus notas características.

Decir que las obras educativas de la ACdP son *apostolado* y *tarea eclesial* es reconocer que el fin primordial de las mismas es la propagación del Reino de Cristo. Esta propagación se realiza según el modo del carisma propio, que «se orienta a la propagación de la fe católica y al apostolado, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos»<sup>5</sup>. Se comprende así que las obras educativas de la ACdP se hayan creado «para formar cristianos con honda vida espiritual y máximo aprovechamiento de sus capacidades intelectuales, e

---

<sup>3</sup> *Principios Orientadores. Colegios de la Fundación CEU San Pablo.*

<sup>4</sup> AA 2.

<sup>5</sup> *Principios Orientadores. Colegios de la Fundación CEU San Pablo.*

infundir en ellos una preocupación por la intervención en la vida pública»<sup>6</sup>. Este deseo de «formar cristianos convencidos, coherentes y preparados en el campo social»<sup>7</sup> explica que los centros educativos se consideren como lugares de «formación integral mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura»<sup>8</sup>, «dentro de una visión cristiana de la realidad, “mediante la cual la cultura humana adquiere un peso privilegiado en la vocación integral del hombre” (GS 57)»<sup>9</sup>.

## 2. La novedad del Cristianismo y la mediación de la Iglesia

Los presupuestos en que se fundamentan estos principios educativos descansan en el hecho absolutamente novedoso de la Encarnación del Hijo de Dios que, unido a nuestra naturaleza, nos ha hecho partícipes de la suya originando así lo que san Pablo, nuestro patrono, llama «la nueva creación». En Cristo, y gracias al bautismo, hemos sido hechos criaturas nuevas (cf. 1 Cor 5,17). Comprender esta realidad es imprescindible para entender lo que los primeros escritores cristianos entendían por la *novitas christiana*, refiriéndose a la irrupción en la historia de los hombres de una nueva forma de vivir como consecuencia de la entrada del Hijo de Dios en la vida de los hombres. En su primera encíclica, *Deus Caritas est*, Benedicto XVI nos recordaba que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>10</sup>. Favorecer el encuentro con Cristo es la misión de la Iglesia y de cada bautizado. El proyecto educativo de los colegios del CEU dice claramente que «se define por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo, con el intento de arraigarlo en la conciencia y en la vida de los niños y los jóvenes»<sup>11</sup>.

Es evidente que el encuentro con Cristo se realiza gracias a la *mediación de la Iglesia*, que es su Cuerpo. Siempre ha sido así y lo será. Dios

---

<sup>6</sup> *Principios Orientadores. Colegios de la Fundación CEU San Pablo.*

<sup>7</sup> *Principios Orientadores. Colegios de la Fundación CEU San Pablo.* Cf. Congregación para la educación católica, *La Escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 10.

<sup>8</sup> Congregación para la educación católica, *La Escuela católica* 26.

<sup>9</sup> Congregación para la educación católica, *La Escuela católica* 36.

<sup>10</sup> Benedicto XVI, *Deus Caritas est* 1.

<sup>11</sup> *Principios Orientadores. Colegios de la Fundación CEU San Pablo.*

puede servirse de modos extraordinarios para conducir a la fe y al encuentro con él, pero en la economía de la salvación ha escogido la mediación de la Iglesia. Para que esta mediación sea eficaz, la Iglesia y sus instituciones deben permanecer fieles a su identidad. Tanto los Colegios como las Universidades CEU han elaborado sus Principios Orientadores en los que queda clara la voluntad de ser fieles a la Iglesia, a su Magisterio, a los Pastores que la rigen y al rico patrimonio de su Tradición. Es obvio que la mera formulación de estos Principios no garantiza su cumplimiento. Es preciso que toda la Institución, y cada uno de sus miembros, hagan de los centros educativos verdaderos instrumentos de mediación del misterio de Cristo. Dicho de otra manera: los alumnos de nuestros centros deben encontrar al menos la posibilidad de que el lugar donde estudian, aprenden y se desarrollan como personas y futuros profesionales se les manifieste como ámbito generador de vida cristiana.

Que nadie piense que, al expresarme así, estoy confundiendo los diversos lugares donde la Iglesia desarrolla su misión. Los colegios y las Universidades no son parroquias, ni asociaciones católicas o movimientos donde de una u otra manera se ofrece a quienes a ellos acuden la catequesis como educación en la fe católica. El estatuto de colegio y universidad es muy claro para la Iglesia y no conviene confundirlo. En la Declaración *Gravissimum educationis* se dice a propósito de la escuela que «en virtud de su misión, a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promueve el sentido de los valores, prepara a la vida profesional y da ocasión al trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición, fomentando así la mutua comprensión»<sup>12</sup>. Todo esto vale para todo tipo de escuela que se precie de educar según la condición humana.

Pero, al mismo tiempo, se añade algo fundamental que aclara el sentido de la *mediación eclesial* en la escuela católica: «Su nota distintiva es *crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad*, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el

---

<sup>12</sup> GE 5.

mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre. Así, pues, la escuela católica, a la par que se abre como conviene a las condiciones del progreso actual, educa a sus alumnos para conseguir eficazmente el bien de la ciudad terrestre, y los prepara para servir a la difusión del Reino de Dios, a fin de que con el ejercicio de una vida ejemplar y apostólica sean como el fermento salvador de la comunidad humana»<sup>13</sup>.

Se trata, según el texto conciliar, de *crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad*. Crear un ambiente así es mucho más exigente que hacer que funcione la disciplina, el rigor académico, la excelencia de la educación y del funcionamiento de un centro educativo. Exige que la persona ponga en juego todas sus capacidades, incluidas las espirituales, para hacer visible la presencia del espíritu de Cristo, que es espíritu de verdad, libertad y caridad. De ahí la llamada que el Concilio hace a los educadores para que «llenos del espíritu apostólico, den testimonio tanto con su vida como con su doctrina del único Maestro Cristo»<sup>14</sup>. Y lo mismo puede decirse, cuando se habla de *crear un ambiente*, de todos los que hacen posible el funcionamiento de la comunidad educativa.

Por lo que se refiere a las Universidades, sin ánimo de ser exhaustivo, recordemos que la Iglesia pretende «sistemáticamente que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, de manera que cada día sea más profunda la comprensión de las mismas disciplinas, y considerando con toda atención los problemas y las investigaciones de los últimos tiempos se vea con más profundidad cómo la fe y la razón tienden armónicamente hacia la única verdad»<sup>15</sup>. Los alumnos que vienen a nuestras Universidades vienen a adquirir determinados conocimientos que les capaciten para ser auténticos profesionales que desempeñen las funciones más importantes que requiere la sociedad de nuestro tiempo.

---

<sup>13</sup> GE 8. El subrayado es nuestro.

<sup>14</sup> GE 9.

<sup>15</sup> GE 10. Sobre el sentido y la misión de la Universidad es profundamente iluminador el discurso del Papa Benedicto XVI preparado para ser pronunciado en la Universidad la «Sapienza» de Roma el 17 de Enero de 2008 y que hubo de cancelar ante la protesta de un grupo de profesores y alumnos.

Ahora bien, la Universidad por su propia naturaleza parte de una imagen global del hombre y del mundo en la que se insertan los conocimientos que el alumno va adquiriendo y que configuran su personalidad en todos sus niveles. La Universidad católica también tiene su cosmovisión y su antropología que no viene a sustituir los principios y métodos de cada ciencia sino que los integra respetuosamente en el marco de dicha cosmovisión y antropología. Como dice la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, es misión de las Universidades «unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fueran antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad»<sup>16</sup>. Esto sólo se puede lograr si los docentes se aventuran, en los campos propios de su enseñanza, en el apasionante camino del diálogo entre la fe y la razón que tanto fruto han dado en el pensamiento católico. No se podrá hacer si ellos mismos no han hecho su propia síntesis personal en la que la dialéctica entre fe y razón no se explica mediante la contraposición sino por la mutua relación complementaria. Por otra parte, el alumno no realizará la *unificación existencial* a la que se refiere el documento *Ex Corde Ecclesiae* si no ve testigos de esa unidad de los dos órdenes de realidades en quienes son sus maestros.

El ámbito universitario, si es verdaderamente católico, está abierto al diálogo, al mismo tiempo amable y crítico, con las corrientes culturales de nuestro tiempo. Desde sus orígenes la Iglesia ha sabido dialogar con las culturas contemporáneas asimilando todo lo positivo que las caracterizaba y juzgando desde la razón y la fe los elementos que no corresponden a la dignidad de la persona humana y al bien de las sociedades. La búsqueda de la verdad, primera exigencia de la razón, es constitutiva de la misión pastoral de la Iglesia, consciente de que Dios ha esparcido las «semillas del Verbo» en el corazón de los hombres y de las culturas dignas de él. Abrir a los alumnos a este diálogo y prepararles para el discernimiento de la verdad en todas las manifestaciones culturales del hombre es una tarea apasionante. Sólo así se explica la llamada que hace la Iglesia por lograr «una presencia pública, continua y universal del pensamiento cristiano en todo esfuerzo tendente a promover la cultura superior y, también, a formar a todos los estudiantes de

---

<sup>16</sup> *Ex corde Ecclesiae* 1.



manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo»<sup>17</sup>.

Para llevar adelante esta tarea en las Universidades de la Fundación CEU contamos con unos principios orientadores que podrán favorecer su logro. Les animo a su lectura y reflexión y al fecundo diálogo que puede surgir de las mismas. Pero nada de esto se logrará si consideramos estos *Principios* como una estrategia que aplicamos sin implicarnos personalmente con todas nuestras capacidades. De ahí que vuelva de nuevo al principio del que he partido en mi reflexión sobre la *novitas christiana* que arranca del hecho trascendente de la Encarnación del Hijo de Dios. Toda fecundidad en la Iglesia brota de la adhesión a la Persona misma de Cristo y a la fecundidad que genera en todos los que se unen a él. En realidad, la Iglesia es un misterio en el que el centro vital es Jesucristo. Hablar de inspiración cristiana, tradición cristiana, pensamiento cristiano, humanismo cristiano no es decir nada si no existe la experiencia primordial del encuentro con el Resucitado, aquella experiencia que conmovió a García Morente cuando en París recibe el don de su Presencia y que narra admirablemente en *El Hecho extraordinario*. O la experiencia de tantos otros que han sido tocados por la gracia de Cristo.

Con esto no quiero decir que no se pueda hablar en términos del pensamiento cristiano. Quiero subrayar que podemos usar dichos términos y no estar en sintonía con su significado y caer, por tanto, en el nominalismo más estéril. Cuando el filósofo Kierkegaard criticaba a los cristianos de su tiempo no los criticaba por no saber, sino por no vivir aquello que sabían, crítica que en definitiva es la misma que hace el Señor, expresada en positivo, cuando dice «dichos vosotros, si sabiendo estas cosas, las ponéis en práctica» (Jn 13,17). No olvidemos que la dramática división que se da en los creyentes entre lo que creemos y vivimos es uno de los males más graves de nuestro tiempo, origen de muchas deserciones, de la llamada *apostasía silenciosa*, y de no pocos escándalos. Una institución que se proclama católica y que se propone a la sociedad como ámbito de educación integral de la persona debe examinarse,

---

<sup>17</sup> *Ex corde Ecclesiae* 1.

en cada miembro y comunitariamente, sobre la *unidad de vida* que es condición indispensable para ser testigos; ¡cuánto más si pretendemos ser maestros!<sup>18</sup>

### 3. La acción pastoral en los centros educativos del CEU

Para ayudarnos a vivir esta unidad de vida contamos en las obras educativas del CEU con la cooperación inestimable de los capellanes que hacen presente la persona del Obispo del lugar y ejercen su ministerio al servicio de profesores, alumnos y todos los que hacen posible la administración y el bienestar del centro. Debemos dar a gracias a Dios por la presencia de los sacerdotes dada la escasez de los mismos y las múltiples tareas que a menudo deben realizar. Quisiera reflexionar sobre el significado de esta presencia y la actividad que desarrollan orientados desde el responsable último de la pastoral que es el Consiliario Nacional y el Viceconsiliario, que dirige este ámbito concreto.

Un centro católico no lo es porque cuente con un capellán y una capilla para la oración y los sacramentos. La acción pastoral de la Iglesia, que nace ciertamente de la eucaristía y de los sacramentos, se realiza plenamente cuando todos los miembros de la Iglesia se comprometen según su propia condición y responsabilidad. La pastoral en las obras educativas del CEU tiene su último responsable en el sacerdote, pero es responsabilidad de toda la comunidad educativa empezando por el director del colegio o el Rector de la Universidad. Si queremos que nuestros centros sean ámbitos de evangelización es preciso que *lo pastoral* no sea un apéndice, un añadido, un adorno estético en nuestros centros, sino el centro mismo de referencia que da sentido e identidad a una institución católica. Si el sacramento de la Eucaristía está presente en un centro es para ser visitado, amado, adorado, y para que todos entiendan que Cristo es contemporáneo de cada hombre, según la fórmula hermosa del Concilio Vaticano II.

En el momento actual de la sociedad española, caracterizado por una dramática secularización e ignorancia religiosa, la acción pastoral de la Iglesia en los centros católicos no puede restringirse a los actos de culto, a los que

---

<sup>18</sup> Sobre la importancia de la *unidad de vida* véase Juan Pablo II, *Christifideles Laici* 59.

suele asistir una minoría, sino que debe ofrecer una amplia gama de posibilidades que ayuden a los alumnos precisamente a lograr la integración entre la vida y la fe, el saber universitario y la cosmovisión que el cristianismo ofrece como clave interpretativa de todo fenómeno humano. En este sentido es preciso que los responsables de la pastoral reciban el apoyo y la colaboración máximos de los responsables seculares de los centros contando naturalmente con los medios necesarios para llevar adelante las iniciativas pastorales. Es cierto que la participación en estas iniciativas debe ser libre y que se debe evitar todo tipo de coacción. Pero es preciso que los centros educativos entiendan que *lo pastoral* es parte sustancial de la educación que queremos dar a nuestros alumnos, porque incide en sus motivaciones, en el uso de su libertad, en la búsqueda de la verdad con mayúsculas y, en último término, en el fin mismo – como ya hemos dicho – de las obras educativas del CEU, nacidas con proyección apostólica.

En una carta del pasado 21 de Enero a los fieles de Roma, tratando del problema actual de la educación, Benedicto XVI afirma que «los valores más grandes del pasado no pueden ser simplemente heredados, tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal, que con frecuencia cuesta. Ahora bien, cuando se tambalean los cimientos y faltan las certezas esenciales, la necesidad de esos valores se siente de manera urgente: en concreto, aumenta hoy la exigencia de una educación que sea realmente tal. La piden los padres, preocupados y con frecuencia angustiados por el futuro de sus hijos; la piden tantos maestros, que viven la triste experiencia de la degradación de las escuelas; la pide la sociedad en su conjunto, que ve cómo se ponen en duda las mismas bases de la convivencia; la piden en su intimidad los mismos muchachos y jóvenes, que no quieren quedar abandonados ante los desafíos de la vida»<sup>19</sup>.

La acción pastoral incide de manera directa en esta exigencia de hacer que los grandes valores sean asumidos desde una *opción personal* nada fácil de hacer y para la cual los niños y jóvenes necesitan la ayuda de todos. Los niños, adolescentes y jóvenes que vienen a nuestras aulas son hijos de su tiempo carente de certezas esenciales y de referencias éticas y morales de

---

<sup>19</sup> Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de Enero de 2008.

valor universal. Se han educado, si puede decirse así, en un clima de relativismo prácticamente absoluto. Desde el punto de vista de la afectividad acarrear serias dificultades provenientes de diversas causas: problemas en la misma familia, insuficiente educación afectiva, influencia de la sociedad permisiva y hedonista y experiencias prematuras en el orden de la sexualidad que condicionan su posterior desarrollo afectivo-sexual. Todo esto configura la vida afectiva y sexual del joven con un enorme componente de fragilidad y dificulta la madurez exigida para las relaciones interpersonales y sociales.

Nada de esto debe ser ajeno a la acción educativa de nuestros centros y, más en concreto, a la acción pastoral. Si, como decía Angel Herrera, «para la concepción cristiana, el centro de la educación y en cierto modo el centro del mundo es el alma del niño que acaba de nacer», es preciso situar *el alma* en el primer plano de nuestra atención y responsabilidad. Si queremos formar hombres que contribuyan al bien común, debemos preocuparnos por su madurez personal sin la cual difícilmente podrán entregarse a los demás en actitud de servicio.

Esto exige cuidar de modo especial el trato personal y la disponibilidad para acoger y escuchar al alumno en toda circunstancia. Exige ganarnos su confianza y ofrecer la nuestra de modo gratuito y generoso. Exige estar atento a su circunstancia vital y al contexto familiar y social en que se mueve. Benedicto XVI, en la carta a la que he hecho referencia, ofrece como requisito de una auténtica educación la cercanía y confianza que nacen del amor. «Todo auténtico educador, dice, sabe que para educar tiene que dar algo de sí mismo y que sólo así puede ayudar a sus alumnos a superar los egoísmos para poder, a su vez, ser capaces del auténtico amor»<sup>20</sup>.

Esta es una tarea de cada educador pero supone también una responsabilidad colectiva del centro. «Las ideas, los estilos de vida, las leyes, las orientaciones globales de la sociedad en que vivimos y la imagen que ofrece de sí misma a través de los medios de comunicación, ejercen una gran influencia en la formación de las nuevas generaciones, para el bien y con frecuencia también para el mal. Ahora bien, la sociedad no es algo abstracto; al final somos nosotros mismos, todos juntos, con las orientaciones, las reglas y

---

<sup>20</sup> Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de Enero de 2008.

los representantes que escogemos, si bien los papeles y la responsabilidad de cada uno son diferentes»<sup>21</sup>. Si aplicamos esto a las obras educativas del CEU podremos hablar de un estilo propio, inspirado en el carisma que ha dado origen a la ACdP, configurado según el pensamiento social de la Iglesia, con vocación de participación en la vida pública, que podemos ofrecer con orgullo a nuestros alumnos y que puede prender en el alma de los jóvenes porque responde a los reclamos más íntimos de la persona que se sabe creada a imagen de Dios y llamada al servicio de los hombres. Encarnar este estilo es tarea de quienes constituyen la comunidad educativa de forma que puedan transmitirlo de forma espontánea a los alumnos

En realidad, este estilo es el que se propone en el apartado III de los *Principios Orientadores* de nuestras universidades. Después de describir la comunidad universitaria «unida en la “común consagración a la verdad”, en la “idéntica visión de la dignidad humana y, en último análisis, de la persona y el mensaje de Cristo que da a la Institución su carácter distintivo», se añade: «En esa concordia fundada en la Verdad se generan, se sostienen y crecen los vínculos personales de magisterio entre maestro y discípulo, espacio natural de desarrollo de la inteligencia de los hombres y de su libertad. Esta maduración de la libertad que arraiga en la Verdad revelada en Cristo constituye uno de los principios educativos y una de las finalidades esenciales de las Universidades CEU»<sup>22</sup>.

Como decía al inicio, es una enorme suerte y responsabilidad tener en nuestras manos la vida de tantos niños, adolescentes y jóvenes que vienen en búsqueda de educación. Ante las dificultades por las que pasa la educación y ante el actual clima de la llamada «emergencia educativa», debemos confiar en que las dificultades no son insuperables, como dice Benedicto XVI, «son más bien la otra cara de la moneda de ese don grande y precioso que es nuestra libertad, con la responsabilidad que justamente implica»<sup>23</sup>. Bastará con saber mirar a cada alumno y a su destino trascendente para que nuestra libertad ponga en juego los resortes más íntimos del amor sin el cual nunca seremos auténticos maestros. Muchas gracias.

---

<sup>21</sup> Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de Enero de 2008

<sup>22</sup> *Principios Orientadores. Universidades de la Fundación CEU San Pablo.*

<sup>23</sup> Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de Enero de 2008.